

El secreto del galeón



Ana Alcolea

1.ª edición: abril 2014

© Del texto: Ana Alcolea, 2014
© Ilustraciones: David Guirao, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-6136-5
Depósito legal: M-6482-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alcolea

El secreto del galeón



ANAYA

*A todos mis lectores,
por haber hecho posible este camino.
A mis dos hombres,
que siguen creyendo que todo esto es posible.*

Marina miraba las estrellas cada noche. Le gustaba su brillo intermitente. No sabía que algunos de aquellos puntos de luz habían dejado de existir hacía millones de años. Marina ni siquiera sabía que se podía contar en millones. Ella sabía contar hasta mil, y con esfuerzo hasta diez mil, pero no mucho más. A Marina no le interesaba el número de estrellas que había allí arriba, tan lejos. Tampoco le interesaba conocer el número de años que se necesitarían para llegar hasta ellas. Marina no quería llegar hasta ninguna estrella. Le bastaba con contemplarlas desde la cubierta del barco en el que se encontraba.

—Marina, vas a coger frío. Ponte este chal sobre los hombros —le dijo su madre mientras se acercaba a la barandilla.

—Gracias, madre.

Marina se puso el chal y se lo estrechó lo más que pudo. Le gustaba mirar las estrellas, porque su brillo le hacía olvidar el hecho de que ya nunca volvería a la casa y a la ciudad que la vieron crecer.

Aunque, en realidad, Marina no había crecido tanto: tenía catorce años recién cumplidos y era menuda como su madre.

—Marina, entra ya en el camarote, que te vas a enfriar.

—Sí, madre. Enseguida entro.

Pero Marina se quedó todavía unos minutos bajo la vela del palo mayor, hasta que el cielo se cubrió de nubes que escondieron todas las estrellas.

Carlos tenía pocos deberes aquella tarde. Su madre había estado trabajando toda la mañana en el museo, y ambos habían decidido salir a dar un paseo por el parque. Era abril y hacía un sol espléndido. Se pusieron unas camisetas de tirantes, los cascos y cogieron las bicicletas. Al cabo de media hora de pedalear, se pararon junto a un banco. Marga sacó unos zumos de la mochila, los abrió y se sentaron. Carlos lanzó un profundo suspiro después de beber un largo trago de color naranja.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio?

—Bien, en Lengua hemos estado escribiendo una redacción, y en Ciencias el profesor nos ha estado explicando cosas sobre las estrellas.

—¿Sobre las estrellas? ¿Qué cosas? —preguntó su madre.

—Que algunas de las estrellas que vemos ya no existen. Yo no me lo he creído. ¿Cómo vamos a ver una cosa que no existe?

Todavía había muchas cosas que a Carlos le llamaban la atención.

Carlos nunca se había creído todo lo que le contaban. Pero nunca se había planteado que algunas cosas que vemos no existen.

—Bueno, eso tiene que ver con la velocidad de la luz. Está comprobado científicamente —explicó Marga.

—Nadie ha ido nunca a las estrellas, así que no puede estar comprobado científicamente. La ciencia se basa en las pruebas, ¿no?

—Lo han estudiado a base de cálculos matemáticos —insistió su madre.

—Yo no entiendo las matemáticas, mamá. Sumar, restar, multiplicar, dividir, esto está bien, sirve para algo, pero lo demás...

—Lo demás también sirve, Carlos. Si no, las casas se hundirían, los puentes se caerían y tú seguirías teniendo los dientes separados.

—Vale, pero eso de las estrellas que vemos pero no están... A mí me da casi miedo pensarlo, mamá.

—A mí también —reconoció—, pero es lo que hay. El universo está lleno de misterios.

—Como tu museo, ¿no? Siempre dices que hay muchos secretos escondidos en cada pieza.

—Cierto.

—¿Y qué estás investigando ahora, si se puede saber? —preguntó Carlos con intención, después de beberse el resto del zumo.

—Unas piezas de un viejo barco que naufragó hace muchos años.

—¿Un barco que naufragó?, ¿como el Titanic?

—Naufragó, pero no como el Titanic. «Mi barco» no chocó con ningún iceberg. A este creemos que lo hundió un cañonazo. O un islote con el que pudo chocar. Pero no un iceberg, porque lo han encontrado en aguas casi tropicales.

—¿Y había gente dentro que se ahogó?

—Pues claro. En los naufragios antiguos siempre moría mucha gente. Pero creo —dijo mirando el reloj— que debemos regresar a casa, empieza a hacer fresco, ponte esta chaqueta para regresar.

La mochila de Marga era como una maleta: siempre llevaba de todo allí dentro, sus «porsiacasos», como ella los llamaba: chaquetas, un botiquín de campaña, agua, zumos, bocadillos, chubasqueros aunque brillara el sol, gorras de visera aunque lloviera a cántaros... Marga era así de previsora.

Marina contemplaba los vestidos que su madre le había metido en el baúl. El suyo era el más pequeño de todos los que había embarcado la familia. La ropa de doña Ofelia llenaba tres baúles enormes, y los de sus hermanas Beatriz e Isabel eran dos veces mayores que el suyo. Marina era la hermana pequeña y por eso su vestuario era menor. Además, aún no tenía edad de casarse y nadie le había hecho su ajuar. Para hacerlo iban a esperar a llegar a España. Allí, las monjas de Santa Mónica bordarían las sábanas que estrenaría el día de su boda. El único problema era que Marina no quería casarse.

—Yo nunca me casaré —le había dicho a su madre.

—Tú te casarás como está mandado. ¿Qué si no va a hacer una muchacha como tú? Estás destinada a casarte, como lo están tus hermanas, como lo estuve yo, y mi madre, y mi abuela.

—Madre, yo quiero ser capitán de barco. Quiero vivir siempre en el mar, en un galeón como este. Y subir al palo mayor, trepar por esas cuerdas, y ver tierra muy a lo lejos, y gritar que la he visto.

—Para eso no necesitas ser el capitán —le replicó Beatriz—. Con ser el grumete sería suficiente. ¿No te has fijado en él? Es bien guapo.

—No digas tonterías —dijo su hermana Isabel, la mayor—. Ese chico es demasiado pobre para nuestra hermanita. Y además, huele mal, debe de dormir en las bodegas con el pescado rancio que nos dan para cenar.

—Yo nunca me casaré —insistió Marina, solemne—, ni con el grumete ni con ningún otro. Mi destino está en el mar. Siempre viviré en un barco como este.

—Hijas mías, será mejor que dejemos esta conversación que no nos conduce a ningún lugar, y que recemos el rosario.

—Oh, madre —protestó Beatriz—. Es muy aburrido.

—Pues te aguantas si no te gusta —le ordenó Isabel—. Este océano está lleno de peligros y si rezamos estaremos protegidos.

—¿Yo también tengo que rezar, madre? —preguntó Marina.

—Puedes dar un pequeño paseo por la cubierta. Hoy no hace demasiado viento, pero no te olvides del chal.

Marina salió del camarote encantada de no tener que quedarse a rezar. A Marina no le gustaba rezar el rosario. Prefería hablar con Dios a su manera, mientras contemplaba las estrellas. Cada noche le decía cosas diferentes. No le gustaba repetir siempre lo mismo.

Salió a cubierta, solo se escuchaba el frufrú de su vestido sobre la madera. Reinaba el silencio, como si todos los marineros estuvieran durmiendo la siesta. El mar era un espejo, callado y quieto. Apenas se oía el rasguido del mascarón de proa cuando cortaba en dos el agua. Marina se asomaba para observar la figura enorme que protegía el barco: la melena ondulada del león de dientes afilados. Su rostro fue tallado para atemorizar a las criaturas marinas que osaran acercarse al barco. Y para alejar los enfados de Neptuno en forma de olas gigantes: el artista que lo ejecutó sabía que las olas más salvajes se retirarían atemorizadas ante las fauces del león, y de sus patas, que arañaban el mar. A Marina le gustaba el león de madera, pintado de rojo y de marrón, como uno de sus vestidos preferidos. Se sentía protegida por él. Nunca había visto ningún león de verdad, en América no hay. Y tampoco en España, a donde iban. Allí solo los había visto en banderas y estandartes. Pero Marina sabía que los leones son fieros y fuertes. Como el barco.

—Ten cuidado, jovencita. No te vayas a caer al agua —era la voz del capitán la que le hizo girarse.

—No me voy a caer, capitán. No soy ninguna niña.

—¿Ah, no? ¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—Claro. Eres toda una mujercita. Seguro que te prometen en cuanto llegemos a tierra. ¿A que sí?

—No, señor. Yo nunca me voy a casar —afirmó con una mirada convincente.

—Ya. ¿Acaso te vas a meter monja?

—No, señor. Yo quiero ser un marinero, como el que lleva el timón, o como el grumete que está allí arriba.

—Marinero —repitió el capitán Monsalve—. Para ser marinero hay que ser un hombre, y tú..., me parece que no lo eres.

Monsalve contempló el vestido de tela adamascada con el talle encorsetado de Marina.

—No me importa. He leído historias de mujeres que se hicieron pasar por hombres para trabajar en barcos. Me cortaré el pelo, me cambiaré las ropas y me enrolaré. Y ni siquiera vos seréis capaz de reconocerme.

Marina se alejó con una leve reverencia. El capitán Monsalve se quedó tocándose la barbilla y sonriendo ante la ocurrencia disparatada de aquella niña. Qué sabría ella lo que era el mar, vivir en el mar, viajar a través de aquella masa de agua que escondía terribles misterios, batallas y naufragios llenos de cadáveres, de huesos petrificados y cubiertos de algas, de musgos y de lapas. Qué sabría aquella niña enfundada en sedas lo que era la vida en el mar.

Y la muerte en el mar.

Marga llegaba cansada a casa todas las tardes. Carlos llevaba siempre su llave colgada de una cadena, y se calentaba la comida en

el microondas. Durante la semana no comía nunca con su madre. Al-
gún día lo hacía en compañía de su abuelo, pero últimamente estaba
muy ocupado con una novia que había conocido en un viaje del Im-
serso, en Benidorm.

—Abuelo, ¿cómo puede gustarte Benidorm? —le había pregun-
tado un día Carlos—. Siempre has dicho que es un lugar horrible, y
un ejemplo de cómo nos hemos cargado la costa española.

—Es barato —contestaba el abuelo, don Nicolás—. Y en los tiem-
pos que corren hay que mirar los precios. Además, no está tan mal.
Una vez que se conoce, se disfruta.

—Ya, papá —intervenía Marga—. Lo que pasa es que hay señoras
estupendas y se liga mucho.

—Y al menos les veo la cara desde el primer momento, y no como
hacéis vosotros, con esas páginas de contactos en Internet.

—Yo no las miro —rechazó Marga.

—Mentirosa —replicó Carlos—, que yo te he visto.

Marga le lanzó una mirada furibunda a su hijo, que se quedó ca-
llado, se fue a la cocina, sacó un yogur del frigorífico y se lo zampó en
dos cucharadas. Don Nicolás dio por zanjada la conversación con una
invitación.

—Os puedo presentar a Paquita un día de estos.

—Oh, papá, me la puedo imaginar.

—Deja tus prejuicios a un lado, hijita. Yo nunca me opuse a que
te casaras con el botarate de Federico.

—Pues deberías haberlo hecho, papá. En mala hora me casé con él.

—No digas eso. Al menos te dio un hijo estupendo.

Carlos se había quedado en la cocina, y en el momento en que su
madre y su abuelo hablaban de su padre estaba fregando la cuchara,
así que el sonido del agua escondió los comentarios.

Cuando Marga llegaba del trabajo, Carlos solía estar en sus cla-
ses de judo, o en las de alemán, o en el entrenamiento de fútbol o

en el taller de maquetas. A Carlos le gustaban los barcos aunque vivía en una ciudad en la que no había mar. Y le encantaba hacer maquetas de barcos. Marga detestaba limpiar el polvo de los cañoncitos, de los mástiles, de las telas que formaban las velas... En cuanto lo hacía, se ponía a estornudar porque era alérgica sin diagnosticar.

Lo mismo le pasaba a veces en su trabajo del museo. Algunas piezas no se podían limpiar hasta que no estaban catalogadas, y tenía que convivir con un polvo secular que se le pegaba en la garganta y le dificultaba la respiración. Era arqueóloga, y lo que de verdad le gustaba era el trabajo de campo, las excavaciones, encontrar objetos enterrados desde hacía siglos, milenios..., pero desde que se quedó embarazada, abandonó el campo y se recluyó en el sótano del museo, húmedo y gélido. Allí vivía rodeada de objetos llenos de historia. Hermosos algunos pocos. Rotos y feos la mayoría. Casi siempre le tocaba recomponer jarrones con las piezas que alguien había encontrado dispersas en algún recóndito lugar. Otras veces lo que recomponía eran esqueletos: colocaba los huesos uno por uno hasta lograr una figura de rayos X. Siempre faltaba alguno que tenían que reconstruir. Aquello le parecía muy divertido al principio. Pero después de doce años haciendo lo mismo, estaba harta de sótanos, fragmentos de cerámicas y de cadáveres que luego irían a parar a una vitrina.

—Hola, mamá. ¿Qué tal? —dijo la voz de Carlos en cuando entró en casa.

—Bien. Un poco cansada. Llevo todo el día de pie. ¿Estaba buena la comida? —Eran las frases con que madre e hijo iniciaban la conversación cada tarde.

—Sí. Un poco secos los macarrones, pero la salsa te había salido muy buena. ¿Y tú qué has comido, mamá?

—Verduras y pescado.

—¿En el bar de enfrente del museo?

—No, hemos cambiado de sitio. Elvira y yo llevamos dos días yendo a otro en el que el menú del día es un euro más barato y el postre está más rico.

—¿Y qué has comido de postre?

—Un yogur casero con fresas batidas con azúcar. Estaba muy bueno.

—Podemos hacerlo cuando venga Paquita a comer a casa —sugirió Carlos.

—¿Paquita? ¿Quién es Paquita?

—La novia del abuelo.

—Ah, sí, la de Benidorm. —Marga se seguía preguntando cómo a su padre le podía gustar ir a semejante lugar.

—¿Y qué tal tu investigación sobre el barco naufragado?

Marga se quedó mirando fijamente a su hijo. Llevaba todo el día entre ánforas, trozos de madera petrificados, huesos de desconocidos y monedas con viejas efigies reales. No quería traerlos a su casa ni en forma de memoria ni de palabras. Nunca le había pasado, pero había algo inquietante en aquellos objetos que le habían traído unos días antes. Algo que no sabía expresar en su pensamiento. Había trabajado con muchos objetos recuperados en el mar, pero esta vez, al tocarlos, había notado una extraña corriente de energía. Se había lavado las manos con más jabón que nunca antes de salir del trabajo, pero aun así, se sentía impregnada por algo que traspasaba los umbrales de lo tangible.

—Bien, todo bien. Normal —mintió cuando Carlos se sentó a su lado en el sofá. Le revolvió el pelo como solía hacer. Carlos dio un respingo.

—¡Qué haces, mamá!

—¿Ya no te gusta que te toque el pelo? Antes te gustaba —Marga pensó que su hijo se estaba haciendo mayor.

—No, no es eso. Es que me ha dado un calambre cuando me has tocado.

Marga lo miró con las cejas arqueadas y los labios muy apretados.

—Sí, como cuando al salir del coche, tocas la puerta y te da una corriente. Algo así. Qué raro.

—Será la tormenta —contestó Marga—. Hoy está la atmósfera muy cargada de electricidad.

—Eso será —repuso Carlos, que se acercó a su madre para darle un beso—. ¿Qué quieres cenar?

—Un poco de fruta —respondió su madre—. ¿Y a ti qué tal te ha ido? ¿Hoy tenías judo o maquetas?

—Hoy tenía clase de alemán, mamá. Los miércoles, alemán, *danke*.

Y Carlos se levantó, dejó su mochila en su habitación, fue a la cocina y al abrir el frigorífico, sintió una corriente eléctrica que se instalaba en sus dedos. De repente, un trueno le hizo volverse hacia la ventana, y la luz de un rayo iluminó la lluvia que caía tras los cristales.

—Vaya —pensó—. Esta noche no podré ver las estrellas.

Marina llamó a su esclava para que la ayudara a quitarse la ropa. Desde que nació había convivido con esclavos que la servían en todo lo que necesitaba, así que le parecía natural que sus deseos fueran órdenes y que estas fueran obedecidas en el momento de ser pronunciadas.

—Tienes el pelo muy hermoso, Marina, pero habrá que cortar un poco. No hay mucha agua en el barco, y el viaje es largo. Cuesta trabajo mantenerlo limpio —le dijo Ramira mientras cepillaba su cabellera con un cepillo de púas de puercoespín.

—Tienes razón, Ramira, debería cortármelo como los hombres. Así parecería un chico y podría convertirme en marinero.

—Pero qué disparate, pequeña Marina. Si tu madre te oyera, le daría un desmayo de esos que le dan de vez en cuando.

—Eso le pasa por llevar estos corsés horribles que no dejan ni respirar. Desde que me obliga a ponérmelo, tengo náuseas cada tarde. Tú no llevas y no te pasa nada —replicó Marina.

—Pero es que yo soy solo una esclava, y tú eres una señorita. Las señoritas llevan corsé, las criadas ayudamos a colocarlos —dijo Ramira mientras levantaba los brazos de Marina para sacarle el vestido por la cabeza.

La melena le caía sobre la espalda. Era dorada y abundante. A Marina le gustaba mirarse en el espejo cuando se quedaba con la camisa blanca, liberada de todo el vestuario que la oprimía. Qué diferentes debían de sentirse los hombres, pensaba, con sus camisas, sus casacas y sus jubones. Ni siquiera hacían ruido cuando caminaban por la cubierta. Y con el calzado que llevaban podían trepar por las cuerdas y llegar hasta aquel púlpito que había en el palo mayor. Porque a ella, el puesto del vigía en el mástil, le parecía el púlpito de una iglesia desde el que no se veía el paraíso, sino la inmensidad del mar, que era lo que Marina se imaginaba cuando pensaba en el más allá. Imaginaba que el jardín del Edén no era un jardín sino un mar, en el que las almas de los elegidos nadaban junto a las sirenas hasta el día del Juicio Final. Había plantas, eso sí, algas gigantescas que apartaban sus ramas para que pasaran los seres del mundo acuático.

—¿No te gustaría subir al palo más alto y sentir el viento en tu cara, Ramira? ¿No sería maravilloso vivir para siempre en un barco?

—¡Pero qué disparates dices, Marina! Si tengo un deseo en esta vida, es llegar a tierra cuanto antes. A mí no me hace falta llevar corsé para que se me revuelvan las tripas. Tengo una náusea permanente desde que dejamos el puerto. Si pienso que estamos aquí dentro de esta especie de barreño en medio del océano, y que no hay tierra por ningún lado, mi corazón empieza a palpitar tan fuerte que parece que se me va a salir, me sudan las manos y creo que me voy a morir.

—¡Qué exagerada eres, Ramira! El mar es como el cielo que hay ahí arriba, nos protege —dijo Marina muy convencida.

—Si tú lo dices, pequeña, así será. Y ahora será mejor que digas tus oraciones y te duermas pronto. Parece que esta noche el mar se mueve más de lo normal.

La lámpara del camarote se balanceaba, y el libro que estaba en la mesita de noche de Marina se cayó al suelo.

—Será que las sirenas han salido a pasear —replicó Marina, mientras acercaba su carita al rostro picado de viruela de Ramira, para recibir su beso de buenas noches.

—Si tú lo dices, así será —repitió la esclava, sin creerse las palabras que pronunciaba.

Salió del camarote de Marina y se encaminó hacia el de su señora, para ayudarla. Iba de un lado a otro del pasillo. Se topó con uno de los oficiales que había perdido el equilibrio y estaba a punto de vomitar.

—¿Puedo ayudaros en algo, oficial? —le preguntó solícita, tal y como había sido educada.

—Hay tormenta esta noche, ¿ya se han dormido las señoras?

—No tardarán, teniente.

—Eso espero. Será mejor que no vean cómo está el mar esta noche. La tormenta da miedo. Se ilumina todo de tal

manera que parece que el océano sea la boca del infierno y que nos vaya a engullir a todos —le describió el oficial.

—¿Acaso creéis que el infierno tiene boca? —le preguntó Ramira.

El teniente Ascaso miró sorprendido a la esclava, una mujer vieja ya, de pelo cano y sonrisa torva, de esas de las que se decía que tenían tratos con el diablo, o que, al menos, conocían cosas ajenas a la mayoría de los mortales. Al teniente le dio un escalofrío y no pudo soportar la mirada de Ramira. En ese momento, el barco se inclinó hacia babor y el teniente vomitó. El sabor de su vómito le supo amargo y le quemó la garganta.

—Lo limpiaré ahora mismo —le dijo la esclava—. Será mejor que os acostéis, u os parecerá que os sale el mismísimo infierno por la boca.

El teniente se marchó más pálido y tembloroso que unos minutos antes, abrió su camarote, entró, cerró por dentro con llave, y se acostó con la ropa puesta. Cerró los ojos pero no consiguió liberarse de la sensación que había tenido ante la presencia de Ramira: le parecía que su mirada lo conducía irremediabilmente a un abismo oscuro donde ni siquiera cabían las luces de la tormenta.

Los padres de Carlos se habían separado al poco de nacer él. Se habían casado muy enamorados, pero eran tan diferentes que aquello no había funcionado. Federico también era arqueólogo. Marga y él se habían conocido en una excavación. Ambos tenían una beca de la universidad para trabajar en la labor de desenterrar las ruinas de una ciudad perdida en el desierto de Túnez. Las conversaciones nocturnas en las jaimas, el calor del desierto y las estampas

de los beduinos sobre los camellos, les hizo creer que siempre serían tan felices como en aquellos días tan distintos a lo que sería luego su vida cotidiana. Poco después de la boda nació Carlos. Marga se quedó a trabajar en el museo, pero Federico no pudo abandonar su vida de viajes y expediciones. La excitación de descubrir una moneda, una figurilla o una cuenta de cristal enterrada hacía miles de años, era mayor que la de cambiar pañales o pasarse noches en vela esperando a que un bebé, aunque fuera suyo, se durmiera. Federico molestaba poco. Venía de vez en cuando a ver a Carlitos. Y cuando Carlitos se fue convirtiendo en Carlos, las visitas empezaron a ser más distantes. De modo que Carlos solo veía a su padre seis o siete veces al año. Y tampoco lo echaba de menos, o al menos eso era lo que quería creerse: se había acostumbrado desde siempre a que su padre era un señor que venía de vez en cuando. Alguien a quien su madre invitaba a cenar, que se quedaba a dormir un par de días en la habitación de invitados y del que recibían postales desde remotos lugares del mundo. Alguien cuya marcha provocaba un suspiro de alivio en Marga.

Cuando a Carlos le preguntaban por su padre en el colegio, siempre contaba la misma historia, que sus padres estaban divorciados desde que él era pequeño, y que Federico era una especie de Indiana Jones, que viajaba mucho buscando tumbas secretas y pasadizos misteriosos en los que encontraba tesoros maravillosos. Estaba siempre muy ocupado salvando al mundo del mal que se escondía en laberintos, o en jeroglíficos ocultos a la sabiduría vulgar de la mayoría de los hombres. Carlos contaba que esa era la razón por la que apenas lo veía. Sus compañeros nunca se lo habían creído. O sí. Tal vez ellos se lo creían, pero sus padres les desmentían la versión. Así sus hijos no creían que había otro padre que hacía cosas diferentes a las suyas. Así sus hijos pensaban que sus padres eran más especiales que los de Carlos. Y así Carlos sufría al pensar que en realidad le importa-

ba un pimiento a Federico, del que su abuelo seguía diciendo que era un botarate.

La tormenta le dio sueño a Carlos, que se acostó pronto. Oyó cómo su madre se quedaba un rato en el salón y ponía música muy bajita. A Marga le gustaba escuchar ópera cuando se quedaba sola después de cenar. Decía que la relajaba y a la vez le cargaba las pilas. Carlos escuchaba desde su habitación lo que a él le parecían gritos de hombres y de mujeres casi siempre desesperados. No entendía por qué a su madre le gustaban tanto aquellos chillidos que para él no tenían ningún sentido. Cogió el libro que había empezado unas noches antes. Uno que hablaba de barcos, de batallas navales y de uniformes militares. Su madre estaba investigando sobre los restos de un naufragio, y él quería saber más sobre cómo eran aquellos barcos que tardaban semanas e incluso meses en cubrir la ruta de América hasta España. Se mareaba solo de pensar que aquellas gentes se embarcaban en naves no mucho más grandes que su casa, sin motores, sin posibilidad de enderezar el rumbo si el viento no era favorable. Imaginarse dentro de un lugar así le producía un vértigo tan enorme que sentía una piedad infinita por todas aquellas personas que habían muerto en el mar: desde los aristócratas del Titanic, hasta los pescadores del pueblo donde veraneaban, pasando por los remeros de la película *Ben-Hur*, que remaban a ritmo de tambor y de látigo. Se quedó dormido cuando leía sobre los diferentes tipos de velas en los galeones españoles, en los venecianos y en los ingleses. Justo en el momento en el que la tormenta viraba de dirección y retomaba el rumbo oeste, por el que había venido, y por el que solían venir todas las tormentas. Del lugar en el que reposan los muertos, le solía decir su abuelo Nicolás.

Carlos soñó con la novia de su abuelo, a la que le puso la cara de la señora que despachaba en la verdulería. También soñó que navegaba en un barco antiguo durante una noche en la que llovía tanto

que la cubierta se había convertido en una piscina en la que flotaban peces muertos. No sabía por qué, pero Carlos se despertó con un amargo sabor de boca.

Ramira había sido vendida a la familia Guzmán cuando ya le habían ocurrido muchas cosas en la vida. Era hija de un criollo cubano y de su esclava negra, que había muerto en el parto. A la niña la habían criado otros esclavos y vivió en casa de su padre, que no le tenía más consideración que a un perro vagabundo. A los cinco años pasó la viruela, una enfermedad mortal, que le fue curada por su abuela, que la ungió con varios ungüentos, con sangre de pollo, con infusiones de plantas secretas, y que le dio un amuleto para que siempre lo conservara cerca del corazón. Cuando tuvo quince años, su padre la vendió a un comerciante que trataba con algodón en Puerto Rico. Allí pasó veinte años, en los que parió a tres hijos, tres hijos blancos que le quitaron nada más nacer: al primero, al segundo, y al tercero, un niño blanco que había sacado los mismos ojos azules del comerciante. El padre y amo de Ramira había muerto poco después de que ella partiera hacia Puerto Rico, de unas extrañas fiebres entremezcladas con terribles dolores de estómago. Y el comerciante portorriqueño también falleció por la misma causa a los pocos días de que el hijo menor de Ramira le fuera arrebatado. Nadie relacionó ambas muertes porque habían pasado muchos años entre una y otra; y porque nadie de Puerto Rico sabía lo que pasaba en Cuba, ni nadie de La Habana conocía lo que ocurría en San Juan. Así que a nadie le dio por pensar que Ramira hubiera tenido algo que ver con las muertes de los dos hombres. El caso es que la volvieron a vender, esta vez a la familia Guzmán, cuyo cabeza de familia era

un almirante de la marina española que se había llevado a su joven esposa con él, y que necesitaba esclavos. Ramira tenía ya por entonces más de treinta y cinco años y peinaba muchas canas, lo que no suponía ningún riesgo para la esposa, que con veinte años recién cumplidos era concienzudamente celosa y no quería mujeres jóvenes cerca de su flamante esposo, el almirante. Doña Ofelia era hermosa, de talle delicado y caderas lo suficientemente anchas para parir sin demasiadas dificultades. Al principio, los ojos tan claros de Ramira la habían inquietado, pues brillaban en su piel oscura como los de un gato negro en la noche. Doña Ofelia enseguida le preguntó por un saquito de piel que llevaba siempre colgado del cuello.

—¿Qué guardas ahí dentro, Ramira?

—Mis dientes de leche, señora. Mi abuela decía que conservarlos nos protege de todos los males.

—Mi madre también guarda los míos, en una cajita de plata en su mesita de noche, junto al oratorio. Mi madre..., qué lejos está ahora, al otro lado del mar. ¿Dónde está la tuya?

—Murió cuando yo nací, señora. Pero me infundió toda su energía y toda su sangre antes de morir. Por eso soy una mujer fuerte. No tendrá ninguna queja de mí. Ninguno de mis amos la ha tenido jamás. —Y Ramira la miró fijamente mientras le hablaba.

—¿Y esos ojos tan claros de color miel? ¿De dónde los has sacado? No parecen ojos de esclavos.

—No lo son, señora. Mi padre era blanco. Nunca lo conocí —mintió Ramira, que no quería dar demasiadas explicaciones sobre su origen a su joven señora.

—Ya. ¿Y nunca has sido bendecida con la dicha de los hijos? —le preguntó Ofelia, mientras se acariciaba el vientre, lleno de una vida que estaba a punto de salir al mundo.

Principios del siglo XIX: Marina viaja junto a su familia a España desde las colonias americanas. Ella no se parece en nada a sus hermanas: no piensa en casarse ni en bordar su ajuar, solo desea vivir en el mar, convertirse en marinero; algo del todo imposible. De sus pensamientos y anhelos sabe mucho su esclava Ramira, una mujer a la que le han arrebatado todo lo que alguna vez ha amado y que oculta un gran poder heredado de sus antepasados africanos.

En la actualidad, la madre de Carlos estudia los restos de un galeón español hundido en el Atlántico. Hay algo en esos objetos que la inquieta, que hace que no trabaje a gusto, y esta sensación aumentará con la llegada al museo de su exmarido para colaborar en la restauración. Mientras, Carlos intentará acercarse de todas las formas posibles a Elena, una compañera de clase. Lo que no sabe es que, gracias al estudio de sus padres, podrá estrechar lazos con ella.

1525149

ISBN 978-84-678-6136-5



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com